

Ramón Ariño: "Nadie abandonó su puesto"

Por RICARDO CID CAÑAVERAL
Fotos: SANTIAGO GARCIA MUÑOZ

Un hombre de unos setenta y tantos años. Agil y menudo. Con la mirada penetrante y fija de una visión debilitada. Se llama Ramón Ariño. Fue presidente de la Diputación de Madrid durante toda la guerra civil. En una estantería modesta se alinean las obras completas de don Manuel, de Azaña. Formó parte de la primera Junta de Defensa de Madrid. Se ha pasado cerca de vein-

te años de su vida en las cárceles de Franco. Sigue haciendo política: "Izquierda Republicana no ha dejado nunca de existir y de actuar".

"Lo cuenta Casado en el libro que publicó poco antes de morir. Cuando las tropas de Franco entraron en Madrid, dos políticos se habían quedado en la capital: Julián Besteiro y Ramón Ariño".

"No le escribirá nadie a su periódico diciendo que no es cierto lo que yo le diga." Aunque la gente tiene cara para *desmentir* cualquier verdad. La casa de Ariño es simple, confortable: "Todo lo he tenido que rehacer". Habla de "negocios" como medio de vida. Oculta con pudor representaciones de chorizos por los pueblos para sobrevivir. Sobrevivir ha sido un milagro.

Un muchacho aragonés que llega a Madrid a los doce años. Hijo de un trabajador. Enseguida trabaja él mismo. Y, al mismo tiempo, estudia. Se afilia muy joven al Partido Radical Socialista, que más tarde se fusionaría con Izquierda Republicana, de cuyo Consejo Provincial fue elegido secretario. Es el historial "probético" de Ramón Ariño.

"En julio del treinta y seis (¿de qué año?) la Aviación alemana bombardeó el palacio que ocupaba la Diputación en la calle de Fomento". El entonces presidente recuerda: "El bombardeo fue a las tres de la tarde. Y después tuvimos sesión en otro lugar, en el edificio de la Inclusa. Las minorías parlamentarias de la Diputación—Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE—permanecieron en su puesto.

"Yo estaba en la primera Junta de Defensa, en la presidida por Largo y, en su ausencia, por el general Asensio. Luego, en la segunda Junta, presidida por Miaja, estaban ya solamente representantes de los partidos y de las sindicales. Y la tercera Junta fue la del golpe de Estado, sí, ponga golpe de Estado, dado por Besteiro y Casado".

La memoria de Ramón Ariño es nitida. Los hombres que han pasado cuarenta años en silencio tienen recuerdos precisos. "Era diputado conmigo Wenceslao Carrillo, que pertenecía al PSOE. También él permaneció toda la guerra en Madrid. Hay que elogiar la austeridad y la hombría de bien de ese hombre. Es penoso que el hijo (Santiago Carrillo) haya dicho de su padre algunas cosas como las que ha dicho."

La caída de Madrid es un tema recurrente: "En la tercera Junta no estaba ningún representante de Izquierda Republicana. Había un miembro del partido, pero no lo representaba. Tampoco había nadie del PC. El presidente y el secretario de Izquierda Republicana se enteraron del golpe por la radio.

"Besteiro solicitó que acudiera alguien de Izquierda Republicana a las reuniones de la Junta, al menos para informar. Como Izquierda Republicana no tenía tomado acuerdo de asistir, yo solicité que previamente se discutiera eso, porque San Andrés no nos representaba, y, además, estaba enfermo. Se acordó asistir y fui designado. Yo comparecí en dos reuniones informativas antes de que 'se permitiera' la entrada de las fuerzas de Franco. La última fue el veintinueve o el treinta de marzo, a las siete de la tarde. Luego, por la noche a las doce, estaba yo en la redacción de nuestro semanario 'Política' y recibí una llamada urgente. Me convocaron a una reunión para decirme que podía salir con ellos



Ramón Ariño fue presidente de la Diputación de Madrid durante la guerra civil. Tras veinte años de cárcel, sigue hoy haciendo política desde Izquierda Republicana.

antes de las dos de la mañana. Esa era la exigencia del cuartel general franquista. De los de aquella reunión, sólo dos personas nos negamos a abandonar Madrid: don Julián Besteiro y yo."

Un camino sembrado de cadáveres: "Fuimos a explicar la situación a San Andrés, que estaba muy grave en el sanatorio del Rosario. Le enviamos en una ambulancia para Valencia. Le cogieron en Valencia, y murió en el penal de Pamplona".

ESPAÑA COMO CARCEL

"No digo en qué trabajo, porque ya me quitaron todo lo que tenía, y no vaya a ser que me lo quiten otra vez." Le quitaron también, y sobre todo, la libertad. Los hijos, en asilos, y el padre, en un itinerario interminable de penales y cárceles. "Salí en el sesenta y dos, a los sesenta años de edad. Al acabar la guerra me condenaron a muerte. Así estuve siete meses. Después, Porlier, Pamplona, Burgos...". Sale en libertad en el cuarenta y cuatro, aunque "me detuvieron luego siete u ocho veces". Y el último proceso, en el 48: "Me condenaron a dieciocho años como presidente del Consejo Nacional de Izquierda Republicana. Así lo consideró probado el Consejo de Guerra que me juzgó. Pasé doce años más en la cárcel".

Ariño se interrumpe: "No hay que realzar ahora los tintes persecutorios. Más interés tengo en recalcar que los republicanos hemos sido siempre enemigos de toda clase de violencia. También de la ejercida desde el Poder".

Una línea quebrada, pero no ro-

pañías tremendas de difamación el insensato de José María Gil-Robles... Los hombres que más daño hicieron a la República fueron Largo, por la izquierda, y Gil-Robles, por la derecha. Si Gil-Robles hubiera procedido como De Gasperi en Italia... Pero no, jugaron con los poderosos. Poderosos de la miseria, carentes de pudor, que hicieron la brutal masacre.

"SE HABLA MUY POCO DE LIBERTAD"

Los recuerdos van encontrando conexiones con el presente. "Pero ¿es que se puede comparar a aquellos políticos con éstos? ¿Comparar a Azaña? ¿Con quién? ¿Con Girón, con Arias Navarro? Tuvo que hacerse una suscripción para comprar un coche a Azaña, porque él seguía yendo en tranvía cuando era presidente del partido, y se decidió que era peligroso."

Hasta llegar al presente de plano. "Se habla mucho de democracia. Pero muy poco de libertad, y menos de justicia igual para todos. No hay democracia sin libertad y garantías. Hace falta tener un poco más de respeto por el pueblo español. Para hablar de democracia hay que haber respetado la libertad".

La comparación surge de nuevo, inevitable. Y, por tanto, el pasado: "En las cárceles se ha vivido el espanto. Las 'sacas' (hacia el paredón de fusilamiento) de cuarenta, ochenta o ciento veinte hombres diarios, y los domingos alguno más, para santificarlos". El horror y la corrupción: "Estando en la cárcel se nos hizo a algunos un ofrecimiento para colaborar en 'Revista de Occidente'. La oferta era seguir en Madrid, estar más cómodos, ser presos 'distinguidos'. Contestamos que no escribiríamos sin libertad de prensa. A los diez días, unos estaban en el Dueso; otros, en Pamplona. A mí me mandaron a Ocaña".

La dignidad: "Yo he mantenido mi posición en la cárcel y también ante ese señor Conesa. Y en la prisión de Valencia, cuando aquél pronunciaba un discurso que era un insulto, le dije que me daba vergüenza oírle".

"Me ha costado caro. No ha sido fácil el camino."

"TARANCON SERIA UN BUEN JEFE DE GOBIERNO"

"Nosotros, en este momento, somos espectadores. Hay que ver lo que pasa ahora: Carrillo, que dice que no tiene inconveniente en ver al Rey; Alberti, en esa foto... La oposición... Tras la liquidación de la dictadura, el Rey encargó a Sánchez Guerra formar Gobierno, y éste le respondió que primeramente tendría que ir a la cárcel Modelo a buscar allí ministros. Va allí, y los políticos presos le responden: 'No'. Yo me sigo quedando con los de antes."

Y vuelve el gran tema: "Los viejos como yo —¡ojalá fuera joven!— pensamos que no hay nada que valga tanto como la libertad". Casi la



Penal de Burgos en 1943. En el centro, de pie, Ramón Ariño. A su derecha, el diputado socialista Luis Lavín.

la misma del himno anarquista:
El bien máspreciado es la liber-

“Ahora hay miedo a la libertad.
¿Ha leído usted ese libro? Si, ‘El
miedo a la libertad’... Yo tengo
miedo. Yo quisiera que ustedes tu-
vieran una formación... Porque no
he habido más verdad que la menti-
ra que les han contado. Con la
monarquía de Alfonso XIII tenia-
mos mítines, periódicos...”

Pocas veces asoma la nostalgia.
Cuando esto ocurre, Ariño cierra
los ojos como si le molestara la
luz. “Había entonces peñas en los
periódicos. Yo trabajé en ‘La Liber-
tad’ y en otros diarios. No sé si

sigue esa costumbre de las peñas en
los periódicos.”

De nuevo la honestidad: “Taran-
cón es un hombre que resultaría
idóneo como jefe de Gobierno. Tie-
ne una honestidad que yo quisiera
ver en la oposición. Dignidad y
entereza las que tuvo él al hablar en
el acto ese de la coronación”.

Una última revisión: “No he sido
nunca anticomunista ni antinada.
Yo estoy por la libertad. Yo quiero
ser honesto, leal. También con los
adversarios. Y estoy intimamente
satisfecho de lo que hice”.

“Y quiero morirme siendo así.
No tengo problemas políticos con
mis hijos.”